

# Misa de Vigilia de la Solemnidad de Natividad del Señor

## *Un niño envuelto en pañales*

### Homilía

✱ **Mario Aurelio Cardenal Poli**

Evangelio: Lucas 2, 1-14

La fe que recibimos en el Bautismo nos permite celebrar el acontecimiento que la alimenta día a día: en el pequeño pueblo de Belén, que signifi a Casa de Pan, María acomodó en un pesebre al verdadero Pan bajado del cielo. A partir de ese nacimiento, todo gira en torno a ese niño envuelto en pañales. En la sencillez, se nos presenta como un misterioso intercambio, divino y humano.

Algunos piensan que un censo hizo coincidir lo que las profecías decían de este niño, pero en realidad, una plan diseñado por el Creador de todas las cosas fue hilvanando los pasos de un pueblo elegido en la historia humana y lo hizo heredero de las promesas, que con este alumbramiento acaban de cumplirse. Fue Dios el que preparó este día en la plenitud de los tiempos, disponiendo todas las cosas del devenir humano para que el Hijo único de Dios se hiciese Hijo del hombre, de tal manera que los hijos de los hombres vuelvan a ser hijos de Dios. Y esto no lo quiso hacer sino por María de Nazaret. Así como lo proclamó el Evangelio, en una cueva donde los pastores refugian a sus animales, la Palabra eterna de Dios deja la gloria del Día sin ocaso para entrar en la tensionada y desencontrada historia humana, donde los días son tan breves y nuestra condición tan limitada. Todo revela un amor muy grande, que desborda lo conocido.

Hoy, cuando vemos al Niño en el pesebre, se cumple aquello que Jesús le dijo al apóstol Felipe: «El que me ve, ve al Padre». Pero en ese momento su entrada recibió la indiferencia que nos caracteriza a los humanos, de tal modo que: «Mientras se encontraban en Belén, le llegó el tiempo de ser madre; y María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue». San Juan lo dice con breves palabras: «Vino a su casa y los suyos no lo reconocieron». Como Jesús ha querido identiarse con el prójimo –los enfermos, los pequeños, los que están privados de su libertad, los carenciados y con tantos otros vulnerables como nos enseñó Mateo 25–, debemos estar atentos para que no nos pase a nosotros lo que ocurrió entre sus paisanos.

Por unos días tendremos el pesebre a nuestra vista y como toda imagen, dice más de lo que vemos. Que el breve tiempo en que se extiende la Navidad no nos privemos de contemplar ese Evangelio que nos ofrece la representación del belén.

«El hermoso signo del pesebre, tan estimado por el pueblo cristiano, causa siempre asombro y admiración. La representación del acontecimiento del nacimiento de Jesús equivale a anunciar el misterio de la encarnación del Hijo de Dios con sencillez y alegría. El belén, en efecto, es como un



Evangelio vivo, que surge de las páginas de la Sagrada Escritura. La contemplación de la escena de la Navidad, nos invita a ponernos espiritualmente en camino, atraídos por la humildad de Aquel que se ha hecho hombre para encontrar a cada hombre. Y descubrimos que Él nos ama hasta el punto de unirse a nosotros, para que también nosotros podamos unirnos a Él.

Los pobres y los sencillos en el Nacimiento recuerdan que Dios se hace hombre para aquellos que más sienten la necesidad de su amor y piden su cercanía. Jesús, "manso y humilde de corazón" (Mt 11,29), nació pobre,

llevó una vida sencilla para enseñarnos a comprender lo esencial y a vivir de ello. Desde el belén emerge claramente el mensaje de que no podemos dejarnos engañar por la riqueza y por tantas propuestas efímeras de felicidad. El palacio de Herodes está al fondo, cerrado, sordo al anuncio de alegría. Al nacer en el pesebre, Dios mismo inicia la única revolución verdadera que da esperanza y dignidad a los desheredados, a los marginados: la revolución del amor, la revolución de la ternura. Desde el belén, Jesús proclama, con manso poder, la llamada a compartir con los últimos el camino hacia

un mundo más humano y fraterno, donde nadie sea excluido ni marginado.

Poco a poco, el belén nos lleva a la gruta, donde encontramos las figuras de María y de José. María es una madre que contempla a su hijo y lo muestra a cuantos vienen a visitarlo. Su imagen hace pensar en el gran misterio que ha envuelto a esta joven cuando Dios ha llamado a la puerta de su corazón inmaculado. Ante el anuncio del ángel, que le pedía que fuera la madre de Dios, María respondió con obediencia plena y total. Sus palabras: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38), son para todos nosotros el testimonio del abandono en la fe a la voluntad de Dios. Con aquel “sí”, María se convertía en la madre del Hijo de Dios sin perder su virginidad, antes bien consagrándola gracias a Él. Vemos en ella a la Madre de Dios que no tiene a su Hijo sólo para sí misma, sino que pide a todos que obedezcan a su palabra y la pongan en práctica(cf. Jn 2,5).

Junto a María, en una actitud de protección del Niño y de su madre, está san José. Por lo general, se representa con el bastón en la mano y, a veces, también sosteniendo una lámpara. San José juega un papel muy importante en la vida de Jesús y de María. Él es el custodio que nunca se cansa de proteger a su familia. Cuando Dios le advirtió de la amenaza de Herodes, no dudó en ponerse en camino y emigrar a Egipto (cf. Mt 2,13-15).

Y una vez pasado el peligro, trajo a la familia de vuelta a Nazaret, donde fue el primer educador de Jesús niño y adolescente. José llevaba en su corazón el gran misterio que envolvía a Jesús y a María su esposa, y como hombre justo confió siempre en la voluntad de Dios y la puso en práctica.

Pero el corazón del pesebre comienza a palpitar cuando, en la noche de Navidad, colocamos la imagen del Niño Jesús. Dios se presenta así, en un niño, para ser recibido en nuestros brazos. En la debilidad y en la fragilidad esconde su poder que todo lo crea y transforma. Parece imposible, pero es así: en Jesús, Dios ha sido un niño y en esta condición ha querido revelar la grandeza de su amor, que se manifiesta en la sonrisa y en el tender sus manos hacia todos»<sup>1</sup>.

En este mundo universo, el Niño Jesús ha elegido morar y reinar en nuestro corazón..., desea estar en la centralidad de nuestros actos, ser compañero de camino en todas nuestras pruebas y adversidades, y perseverando en la fe que nos anima, podamos sentir la voz del Buen Pastor: «Ustedes son los que han permanecido siempre conmigo en medio de mis pruebas. Por eso yo les confío o la realeza, como mi Padre me la confirió a mí, y en mi Reino, ustedes comerán y beberán en mi mesa» (Lc 22, 28-30).

¡Feliz Navidad y que los encuentre en familia, muy unidos!

---

1. Carta Apostólica *Admirabile signum*, sobre el significado y el valor del pesebre, del Papa Francisco.